

CREACIÓ LITERÀRIA

SÍLVIA MASAGUÉ SOLÉ

La cama de papel

Utilizar el relato, a veces, puede ayudar a la comprensión; y si no, como mínimo significa realizar un esfuerzo para ir hacia lo otro. En el relato se encuentra y reconoce la alteridad.

Están los dos sentados en un banco de madera, pintado de color verde, en el parque. El ambiente, este mediodía, es cálido. Se intuye que, a pesar de todo, está llegando la primavera. Es un ciclo y como tal se cumple por sí solo, año tras año, sin necesidad de tener que pedírselo a nadie, sin tan siquiera desearlo. Es como una rutina, un automatismo, que algunos y algunas añoran para sus vidas, pero que saben que jamás conseguirán para sí. Siempre, tendrán que salir fuera de sí mismos para obtener cualquier cosa, por nimia que sea. Y sólo ellos y ellas saben cuanto esfuerzo encierra ese gesto, cuan difícil es a veces realizarlo; sí, entonces el gesto se torna en auténtica gesta. Ellos dos, como tantos otros y otras que apoyan sus tortuosas y torturadas vidas en alguna esquina de una ciudad, sufren su cruzada personal respecto a sus problemas relacionales, con los demás, pero también consigo mismos. La mayoría de las veces su principal fracaso se circunscribe al ámbito propio, pues su peor derrota fue sellada con la falta de diálogo con uno mismo.

Marcial, mira a la Paca y piensa que está guapa, hoy. Le sienta bien el jugueteo del solecito sobre su ralo pelo corto. Le da como movimiento y

brillo. Él le acaricia, amorosamente, la nuca, peinándole las puntas de los cabellos, como si fuera a romperlas por el mero hecho de atreverse a tocarlas. Marcial se da cuenta de que la Paca tiene unos cabellos enfermizos. Pero, no son sólo los cabellos. La Paca está enferma. Él, hace un año, que intenta convivir con ella y pocas verdades y mentiras conoce sobre su vida; tal vez, la única sea que ella está enferma. La Paca padeció una fractura en su intelecto, de la cual nunca se recuperó. Aún hoy, ve diablos por todas partes. Probablemente, demonizó el mundo que la rodeaba, a partir de una experiencia que resultó traumática para ella y para la cual, no encontró una explicación lógica; una explicación satisfactoria y amable para su mente. Y para su alma. Y también, para su cuerpo. Marcial sospecha que la profunda grieta en la cordura de la Paca tuvo que ver con el maltrato a su cuerpo; puesto que ella tiene, en todo momento, a su cuerpo cerrado y fortificado ante el más mínimo posible atisbo de contacto humano. Hace poco tiempo, que la Paca deja que Marcial la toque. Y sólo le permite el contacto de tipo paternal. Se nota que a la mujer le cuesta horrores vencerse en cada movimiento de aproximación que realiza ese hombre; sin embargo, es como si al fin tras un sencillo e inconsciente ejercicio para medir fuerzas, hubieran logrado llegar a un punto de justo equilibrio.

Él la mira. No está enamorado de ella, ardorosamente, como le ocurrió con la que fue su esposa. Es otra cosa. Es algo más pausado, que no crea tanta distorsión. A veces, Marcial piensa en ello. La mira, lánguidamente, y se interroga a si mismo sobre sus sentimientos, respecto a la Paca. No conoce nada de ella. Ni su pasado, ni su futuro; y de su presente, sólo, de vez en cuando, lo que ella le permite saber al dejar que él asista a un momento de su, denominada, *lucidez*. A Marcial esto le importa bien poco. En todos estos meses, ha podido comprobar que no siempre nos importa lo que alguien una vez fue o es ahora; o de dónde viene esa persona, ni tan siquiera en qué lugar nació o cuántos años tiene. Tampoco es que él dependa de ella, en el aspecto de una necesidad concretable. No. Marcial, más bien, apunta hacia la estabilidad. Él está convencido de que la Paca le ha proporcionado la estabilidad emocional, de la que él adolecía.

Marcial dejó su alcoholismo al conocer a la Paca. Él llegó a la calle con

cincuenta años. Ya, lleva cinco rodando por todas partes, sin quedarse en ninguna. A él le gusta llamarse y reconocerse como un *trotamundos*. Piensa que esta palabra despidе una connotación más digna que el término de *indigente*. A él le da, como más sensación de libertad la palabra *trotamundos*, pues se engaña a sí mismo imaginando que fue él quien eligió vagar de un lugar a otro. Él sabe que a la indigencia se llega; simplemente, aterrizas en ella, sin saber en que vuelo viniste, y sin importar si viajabas en clase turista o en primera. Marcial tenía una vida normal, sí, una vida de esas que no eliges, pues esa forma de vivir concreta la heredas de tus padres o de tus abuelos, o de todos a la vez. Una vida que no sueles escoger ni libre ni conscientemente. Una vida dentro de la cual, casi nunca tienes tiempo para repensarte, para reinventarte, para sentirte; y al final, cuando surge la primera dificultad, la respuesta a ésta es cualquier otra cosa, menos un hecho indicador de cierta madurez afectiva.

Su dificultad tomó la forma de una petición de divorcio que solicitó su esposa; la cual había conocido a otro hombre, cansada de estar sola



esperando al Marcial camionero. Aunque, ella jamás demostró cansancio alguno al gastar el dinero que él ganaba, tras pasar semanas enteras conduciendo y pernoctando en un camión. Ella no había demostrado interés, nunca, por trabajar. Marcial, lo perdió todo con ese divorcio: casa, esposa, hijos, trabajo, dignidad, autoestima, ilusión por la vida. Ahora, era consciente de lo que significó para él aquel divorcio. A consecuencia del mismo, él había sufrido una depresión que intentó paliar con el alcohol. Al principio, nadie le dijo que podía quizás resolver sus problemas de otra manera. Marcial pensó que las penas se ahogarían en el alcohol. Pero, al conocer a la Paca se dió cuenta de que sus penas habían aprendido a nadar hacía ya, cinco años, y el dolor de su alma, también. Resultaba curioso que un ser humano le hubiera producido todo el dolor del mundo y otro ser humano, la Paca, se lo hubiera curado. Él le estaba muy agradecido a la Paca, entre otras cosas, porque ella nunca le preguntaba a Marcial nada acerca de su vida anterior. Y eso, le procuraba a él un espacio que aún, necesitaba para reordenarse, para modelarse de nuevo. Ella, simplemente, siempre estaba a su lado. Y le sonreía.

La Paca miraba al Marcial y no podía decirle todo lo que sentía por él. Ella se mantenía siempre en pie de guerra ante las palabras y es que le costaba tanto poder expresar lo que sentía... La mujer luchaba contra su mente traicionera, que ora le dejaba ver demonios horribles que la perseguían, sin pausa, con el deseo expreso de atacarla y dañarla; y ora le dejaba ver a personas, que no conocía o reconocía. Esos diablos, siempre, querían morderla y ella era incapaz de sentir otra cosa que miedo todo el tiempo. Ese miedo la colapsaba, la invadía y la paralizaba; de tal manera que, ella se acurrucaba en cualquier rincón esperando, amedrentada, a que ese pánico que respiraba su cuerpo y su mente, desapareciera. Desde que Marcial apareció junto a ella, tras sus momentos de pérdida de contacto con la realidad, la Paca fue sintiéndose más segura; y sus *viajes*, como le gustaba a Marcial llamar a las crisis o brotes psicóticos que ella padecía, parecían que iban distanciándose en el tiempo. Ella, ahora, que *viajaba* menos, invertía toda su energía en intentar decirle a aquel hombre que siempre estaba junto a ella, a aquel hombre que había logrado ahuyentar su soledad, que lo necesitaba y que deseaba, libremente, seguir junto a él. La

Paca quería decirle al Marcial que después de una de sus crisis, al único ser humano que deseaba encontrar junto a ella, era a él; sin embargo, todos esos sentimientos, todos esos deseos quedaban reducidos a meros barrruntos de su mente, pues no era capaz de traducirlos en palabras que se dejaran decir. Ella sabía que cada uno de aquellos *viajes* le robaban un poco del funcionamiento de su cerebro; lo percibía, pero no podía evitarlo o pedir ayuda, porque su cerebro, que era su mente, también era su cárcel. La Paca sentía horror ante la posibilidad de perder al Marcial, pues sabía que él simbolizaba, la que quizás era su última oportunidad de contacto con una realidad coincidente para muchas y muchos. Más, también sabía que no siempre ella iba a pertenecer a esa realidad, ya que su mente se empecinaba en escapar y escapar, y no disponía de recursos para retenerla, en el hoy y en el ahora.

Marcial dispuso en el banco de madera en el que estaban sentados, entre ambos, un papel de periódico a modo de mantel y encima colocó los trofeos alimenticios, conquistados en el contenedor de basura que residía silencioso junto al supermercado y que había asaltado esa mañana, en busca de productos caducados. Puso un poco de queso, pan de molde, otro poco de salchichón y una botella de agua. Conminó a la Paca a que comiera un poquito de todo. Ella, antes de probar bocado, le dió un trocito de queso al *Richie*, un chucho vagabundo sin pedigrí, ni raza alguna, que había sido abandonado y que decidió, también libremente, unirse a ellos. Los tres “sin techo” habían sido abandonados por alguien o por algo; sin embargo, Marcial no toleraba esa palabra, abandono, él decía que el *Richie* había perdido a su dueño, la Paca a su cordura y que él había perdido su vida anterior. Decía que dicho así, sonaba mejor.

El día siguió transcurriendo plácidamente. Empezaron a recoger. Tomaron sus más que escasas pertenencias, que cabían en dos mochilas y amarraron al *Richie*, para que la gente no se quejara. Por la noche irían a cenar a uno de los comedores sociales del barrio, pues aún refrescaba un poco y sentaba bien una sopa calentita de primero. Después, buscarían habitación... así, era como el Marcial denominaba su pernoctar en un habitáculo destinado a cajero automático de una entidad bancaria. Como cada día, le

permitiría a la Paca que escogiera entre un cajero de un Banco, o bien el de una Caja de Ahorros. Ella siempre escogía la Caja de Ahorros. Marcial se preguntaba si ella realizaba esa elección, por aquello que decían de que las Cajas de Ahorro tenían una vertiente social. No lo sabía. Sólo sabía que, de nuevo, una vez entrada la noche, él le tendería a ella, en el suelo reluciente de una entidad bancaria, una humilde cama con sábanas de papel. Por almohadas, sus chaquetas. Por colchón, un tapiz hecho de cartón.

Esa noche fue la primera que la Paca le dio un beso en la mejilla al Marcial. Y ambos, se durmieron quietos, uno junto al otro, seguros, de que la vida al día siguiente no les depararía ninguna repentina sorpresa. *Richie* se encontraba tendido sobre las piernas de los dos *trotamundos*, lamiéndose una de sus patas delanteras; convencido de que sólo él era capaz de proteger tanta fragilidad, como emanaba de esos dos olvidados cuerpos.